

REAL ACADEMIA DE DOCTORES

ÉTICA E HISTORIA
EL COMPROMISO SOCIAL DEL HISTORIADOR

DISCURSO DEL

Prof. Dr. D. EMILIO DE DIEGO GARCÍA

Leído en su acto del 18 de junio de 2008
para su recepción como académico de número

Y contestación de

la Excma. Sra. Dra. D.^a MARÍA RUIZ TRAPERO

Madrid, 2008

Dep. Legal: M-28362-2008

Índice

	<u>Pág.</u>
Agradecimientos.....	7
Ética e Historia. El compromiso social del historiador	11
Introducción	13
I) La Historia, un saber social	21
II) El historiador	37
III) Ética e Historia	43
IV) A modo de conclusión.....	59
Contestación de la Excm. Sra. Dra. D. ^a María Ruiz Trapero	67

AGRADECIMIENTOS

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. Señoras y Señores Académicos
Señoras y Señores

En primer término quiero agradecer a la Excma. Sra. Dra. D.^a María Ruiz Trapero el afecto y apoyo que, de manera tan cordial como desinteresada, me ha prestado a lo largo de muchos años. Hoy me ofrece una muestra más de su amistad y me honra contestando a mi Discurso de ingreso en esta Real Academia de Doctores.

Gracias a todos los miembros de la Corporación, a los que ahora me uno y que desde hoy tengo por compañeros; de modo especial a las Excmas. Sras. Académicas Dra. D.^a María Ángeles Galino Carrillo y Dra. D.^a Rosa Basante Pol que junto a la Dra. D.^a María Ruiz Trapero presentaron, en su día, mi candidatura y promovieron mi elección para la medalla n.º 52 de esta Real Academia.

Gracias también a cuantos con su voto respaldaron esta aspiración e hicieron realidad el honor que recibo, fruto de su magnani-

midad más que de mis escasos méritos. Pero he de insistir en mi reconocimiento y gratitud, sobre todo, a la Excma. Sra. D.^a María Ruiz Trapero por su esfuerzo para incorporarme a esta ilustre Corporación. Espero corresponder con mi trabajo, en la medida de lo posible, a la confianza que se me otorga y a la responsabilidad que contraigo.

No habré de olvidarme del profesor Dr. D. Vicente Palacio Atard que contribuyó decisivamente a mi formación como historiador y con quien siempre estaré en deuda. Deseo expresar también mi gratitud al profesor Dr. D. Juan Velarde Fuertes, modelo de universitarios, cuyo ejemplo me ha servido de guía en muchos aspectos y desde luego en el mundo académico. He de agradecer igualmente al profesor Dr. D. José Sánchez-Arcilla la ayuda sin reservas que me ha prestado en todo momento.

En el extenso catálogo de mis débitos habría de incluir otros muchos nombres de compañeros y maestros, algunos ya fallecidos, de quienes, aunque no haga mención individualizada, ocupan también, algunos muy especialmente, un lugar en mi corazón.

Por último, deseo expresar el más profundo reconocimiento a mi familia, sin la cual, empezando por los que me precedieron y ya no están, jamás hubiera llegado a este momento.

Gracias a todos.

ÉTICA E HISTORIA
EL COMPROMISO SOCIAL DEL HISTORIADOR

INTRODUCCIÓN

Vengo a esta Casa con el escudo blanco y sin empresa alguna, según escribía Ortega y Gasset, acogiéndose al Quijote, en el texto presentado, pero no leído, para su entrada en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y, ciertamente, con muchísimos menos merecimientos que el insigne pensador. Llego aquí como el humilde aprendiz de historia que siempre he querido ser. Resulta casi obligado, por tanto, que, a falta de otros saberes, mi discurso de ingreso verse sobre el oficio al cual me condujo, desde muy temprano, la vocación que ha marcado el rumbo de mi vida intelectual y profesional. Me considero historiador, más que por los títulos universitarios que así lo certifican, por mi constante intención de serlo. Por una vinculación personal que, en términos orteguianos, entiendo como un programa íntimo e individual de existencia; la forma del «yo» que necesito ser, la medida de mi querer y poder, y, por ende, mi compromiso ético.

Con modestia, no exenta de orgullo, me atrevo a reconocirme en esta categoría. Historiador soy y no otra cosa —como proclamaba

Menéndez y Pelayo—. Tal vez por eso me fue siempre ajena la pretensión de cultivar una forma de conocimiento, a veces confundida con la historiografía, que pudiera dirigirme a esa especie de «torre de marfil» característica del erudito que se aleja de su propio tiempo, y aún me sentí más distante, en todo momento, del «intelectual orgánico», sometido al servicio de cualquier ideología.

Así pues, desde mi condición de historiador, y a partir de esta declaración de principios, he pretendido que el trabajo que os presento reúna, si no la excelencia debida, al menos la máxima calidad a la que puedan llegar mis facultades. Mi atrevimiento me ha conducido a abordar un tema de no fácil resolución, pero que considero de innegable interés: el del compromiso social del historiador.

Señalaba Oscar Wilde, exagerando sin duda, que *«cualquier tonto puede hacer historia, pero hace falta ser un genio para escribirla»*. A primera vista parece éste un juicio sumamente grato para quienes a ello nos dedicamos. Sin embargo, cabe una lectura de tan llamativa afirmación bien distinta de su literalidad. Tengo para mí que la intención del autor se dirigía a mostrar, por un lado, su desacomodo con la situación política y social que le rodeaba y, por otro, a ironizar acerca del papel del historiógrafo que habría de elaborar el relato destinado a encubrir aquella realidad. Sea como fuere cualquiera de las dos interpretaciones, si bien se mira, deberían resultar desasosegantes para un historiador: la literal, por la excepcional responsabilidad que en ella se le atribuye; la otra, por la desconfianza que despierta hacia su integridad moral.

En cualquier caso, habremos de convenir en que, a lo largo del tiempo, la percepción externa de la historiografía, y del oficio del historiador, ha dado lugar a valoraciones muy diferentes, tanto de aquella como de éste. No obstante, en las últimas décadas se tiende mayori-

tariamente a cuestionar la función social de una y otro; aun cuando se repitan las invocaciones públicas a un ente difuso, denominado «la historia», al que se atribuyen los papeles de «hacer justicia» y «legitimar» o «deslegitimar», respectivamente, el pasado y el presente, y los comportamientos propios y ajenos. Pero no todos están de acuerdo con tan acomodaticia función y preferirían que tuviese otras utilidades que, sin embargo, no acaban de apreciar en ella.

Así pues, al igual que muchos de los profesores y estudiantes de nuestra materia, he tenido que enfrentarme, numerosas veces, a la pregunta ¿para qué sirve la historia? La cuestión no siempre podía recibir una respuesta que se ajustara al impulso utilitarista que motivaba la preocupación de tales interlocutores. Seguramente, no les bastaría la afirmación de Altamira cuando aseguraba que *«el saber histórico no es algo superfluo, que puede ser eliminado sin perjuicio de la educación de los hombres»*¹. O el reconocimiento que el mismo autor hacía de ese saber como un valor humano básicamente formativo de la espiritualidad. Acaso tampoco les habría parecido importante la necesidad, expresada por D. José Ortega y Gasset, *«de poseer una imagen, medianamente ordenada, de los grandes cambios históricos que han conducido a la humanidad hasta la encrucijada de hoy, como único modo de combatir la moderna “barbarie”»*².

Posiblemente el interrogador inquieto por la utilidad de la historia no estimaría tales valores en conformidad con su sentido pragmático. Poco

¹ ALTAMIRA, R.: «Valor social del conocimiento histórico». Discurso de recepción leído en la Real Academia de la Historia el 24-XII-1922. Tomo XX, p. 12.

² Ver ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, en *Obras Completas*. Tomo IV, Madrid, 2005.

le importaría que, hace más de seis siglos, Abenaldum señalara ya que «el verdadero objeto de la historia es hacernos comprender el estado social del hombre ... el contenido íntegro de lo que ha sido y es la vida humana».

Algo no demasiado lejano, en ciertos aspectos, de lo que se atribuía a la afirmación de Burckhardt de que «la historia es la ruptura con la naturaleza, causada por el despertar de la conciencia».

Seguramente le resultaría algo más eufónica la noción ciceroniana de la «*Historia ... testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustis...*»³. Sobre todo traducida al español, «la historia ... testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, testigo de la antigüedad». Pero, por lo demás, todo ello acaso tan sólo vendría a acentuar su convencimiento de que, al margen de expresiones mejor o peor compuestas, el de la historia no sería un saber demasiado útil. Si acaso, una retórica acomodaticia en su versión más presentable.

Probablemente incluiría en este apartado, de lo insignificante, la entusiástica proclamación de J. de Zaragoza declarando que «la historia ocupa un puesto tan elevado en la república de las letras, que —decía— parece verdaderamente inútil que yo me entretenga mucho en encarecer su importancia...»⁴. Aún más, casi seguro que, una expresión de este tipo, se le antojaría incomprensible a nuestro interlocutor; más aún, lo vería como algo ajeno por completo al sentir de los tiempos actuales.

³ CICERÓN, M.T.: *De Oratore* (II, 9, 36). Madrid, 2007.

⁴ ZARAGOZA, J. de: «Sobre los sistemas históricos». Discurso de recepción leído en la Real Academia de la Historia el 12-IV-1852. Tomo I, p. 3.

Tampoco le sacaría de su escepticismo sobre el estudio del pasado el que la historia sea, citando de nuevo a Ortega y Gasset, «*la reflexión que nos libera —precisamente— de la limitación histórica*». Esta utilidad podría confundirla con un simple juego de palabras. Otros mil ejemplos de este tipo que pudiéramos aducir a favor de los estudios históricos serían tal vez insuficientes para hacerle mudar de opinión.

Desde luego, en apoyo de su desconfianza no le faltarían tantas sentencias despreciativas, acerca de la historia, como las que pudiéramos exponerle en términos positivos. Nuestro suspicaz crítico podría apoyarse en Borges, cuando protestaba en sus *Diálogos* de que «*quizás uno de los mayores errores, de los mayores pecados de nuestro siglo —se refería, como es obvio, al siglo XX—, es esa importancia que le damos a la historia. Eso no ocurría en otras épocas —decía el escritor argentino—. En cambio, ahora parece que uno vive un poco en función de la historia*» —concluía—. Poco le importaría que esto sea falso o que el mismo autor mostrara una actitud mucho más favorable a la historia en otros pasajes de sus obras.

Más radical todavía, a este respecto, sería Anatole France, porque atacaría directamente al principio legitimador de la historiografía, cuando escribía que «*la historia está condenada, por un vicio de naturaleza, a la mentira*». Incluso, un epatante Gibbon le facilitaría la tarea de seguir dudando, al menos, acerca de la utilidad de tal conocimiento, cuando le dijera que «*la historia es poco más que el registro de los crímenes, locuras e infortunios de la humanidad*». Entonces le parecería comprender a Joyce, que denunciaba a la historia «*como una pesadilla de la cual trataba de despertarse*».

El propio Hegel, tan proclive al ensalzamiento de una filosofía de la historia, podría ofrecerle también alguna excusa para despreciar su

utilidad. Por ejemplo cuando aseguraba, remarcando lo prescindible del saber histórico, que *«lo que nos enseña la experiencia y la historia es que ni los pueblos ni los gobiernos aprenden nada de ella»* y, definitivamente, nuestro interlocutor encontraría argumentos para rechazar el valor de la historiografía si hiciera caso de P. Valery, para quien *«la historia justifica lo que se quiera. (y) No enseña rigurosamente nada, pues lo contiene todo y da ejemplos de todo»*.

A medida que nos aproximamos al presente la cuestión se complicaría aún más y se radicalizaría otro tanto, entre argumentos de todo tipo, a favor y en contra de la aplicación práctica de la historia y del quehacer del historiador. Con el fin de salir de ese marasmo y huir de estériles controversias, el estudioso del pasado ha realizado continuos esfuerzos para construir un *corpus* teórico y desarrollar una metodología, capaces de alumbrar una ciencia histórica, cuyo producto, demostrando utilidad indubitable, goce de la mayor aceptación social. No siempre lo ha conseguido y, en ocasiones, ese trabajo se ha supeditado, excesivamente, a un pragmatismo capaz de hacer olvidar cualquier exigencia ética. Por esta razón creemos conveniente exponer algunas condiciones, que estimamos ineludibles, a la hora de proyectar hacia el presente la huella del tiempo anterior. Unas exigencias que han de anteponerse, a nuestro parecer, a las conveniencias circunstanciales, si queremos desempeñar una verdadera labor al servicio de la colectividad.

I) LA HISTORIA, UN SABER SOCIAL

Resulta evidente que la historia se dirige a la sociedad. Aun la biografía individual sólo adquiere significado en el contexto sobre el que se proyecta. La tesis de Carlyle de que «*la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres*» llevaba implícito un referente social indispensable para contrastar la dimensión de tales personajes. Al decir que la historia es un saber social no nos referimos en este epígrafe, por obvio, a la historia social, como estudio de las diversas clases sociales, o de tal o cual colectivo o de la sociedad en su conjunto, dentro de cualquier marco cronológico. No se trata de priorizar una determinada teoría y su correspondiente metodología, ni de señalar un sujeto/objeto de la ciencia histórica que tenga necesariamente carácter colectivo. Así pues, no estamos hablando de cómo elaborar un texto historiográfico que encajaría en lo que llamamos historia social.

Tan sólo queremos reivindicar el valor formativo que el conocimiento de su historia aporta, o puede aportar, a cualquier sociedad.

Resaltar que se trata de un bien patrimonial de todos los integrantes de ese grupo social. Reconocer en él un valor humano básicamente modelador de la espiritualidad popular. Como defendía Altamira: «*Importa más a todos los pueblos el saber de historia poseído por el hombre que pasa por la calle, que el de los profesores e historiógrafos...*», y añadía «*...no podemos desconocer que sólo es verdaderamente útil para la vida la parte de la ciencia que llega al saber general*»⁵. Más adelante volveremos sobre este punto al hablar de los valores de la ética científica y, en este caso, de la historiografía.

Desde sus orígenes la historia tiene ese sentido social en concordancia con lo que acabamos de señalar, y en él se justifica su función. No es lugar aquí de extendernos en una pormenorizada exposición demostrativa de este aserto. Pero, a modo de ejemplo, permítasenos indicar que ya Herodoto concebía su *Historia* como los resultados de una investigación, para que el tiempo no borre los trabajos de los hombres y para que las grandes hazañas realizadas, bien por los griegos, bien por los bárbaros, no caigan en el olvido. Así, a pesar de que los protagonistas fuesen los autores de las gestas más sobresalientes, éstas sólo encontraban sentido en la memoria colectiva, dando lugar a una especie de deuda con respecto al pasado. Tucídides reivindicaría, en otro aspecto esencial, la necesidad de verdad en el testimonio que se ofrece. La conciencia histórica, como factor de identificación social, recibiría así un empuje decisivo.

Con el paso del tiempo éste sería el rasgo más significativo de nuestra disciplina. Una y otra vez insistiría D. Rafael Altamira en este predicamento social y lo mismo harían Ortega y Gasset y otros

⁵ ALTAMIRA, R.: *Ob. cit.*

muchos intelectuales, dentro y fuera de España. En general repetirían hasta la saciedad que «...a los pueblos les es aún más esencial el estudio de la Historia que a los reyes y gobernantes»⁶. En todo momento, advertía Altamira, hay en cada país dos especies de conocimiento sobre la historia, la propia de los especialistas y la de la masa (esta última, desafortunadamente, llena, por lo general, de errores y prejuicios). A pesar de los profundos cambios que ha sufrido la teoría de la historia y todo cuanto rodea a la historiografía en las últimas décadas, no resulta demasiado aventurado mantener que toda sociedad precisa incorporar, el sentido histórico, al conjunto de sus referencias colectivas y hacerlo de la manera más correcta posible, porque es el medio a través del cual el hombre percibe al hombre, al otro y a sí mismo. Ésta fue, sin duda, una de las contribuciones del siglo XIX.

A lo largo del Ochocientos la profunda modificación de la ciencia histórica se vio acompañada por una creciente proyección social y política. En menos de un siglo pasó de ser una especie de «arte de adorno» a detentar un espacio universitario propio y apuntaba a un futuro aún mejor. Ya G. Maura se atrevía a vaticinar que, en el siglo XX, la Historia sería en Europa lo que la Filosofía en Grecia, el Derecho en Roma o la Teología en la Edad Media⁷. Tal vez esa expectativa resultó demasiado optimista aunque Flint resaltaba, positivamente, la doble tendencia dominante, a principios del Novecientos, en el panorama científico: la de las ciencias a hacerse históricas y la de la historia a hacerse científica.

⁶ ZARAGOZA, J. de: *Ob. cit.*

⁷ Ver MAURA, G.: «La Historia y su misión en España». Discurso de recepción leído en la Real Academia de la Historia el 13-IV-1913. Tomo XVI.

La frustración provocada durante el Novecientos fue proporcional a las esperanzas despertadas; especialmente para quienes, como Víctor Hugo, desde el mundo de la literatura, habían mirado al futuro henchidos de confianza. Según recoge A. Finkielkraut⁸, el autor de *Los miserables* llegaría a decir, a través de Enroljas, uno de sus personajes, que a la grandeza del siglo XIX seguiría, en el XX, la felicidad. Los viejos temores a las catástrofes naturales, a las epidemias e incluso a las guerras, desaparecerían. Sin embargo, los acontecimientos, como sabemos, seguirían por derroteros bien distintos.

En todo caso, el racionalismo aplicado en la ciencia del positivismo empujaba entonces a la formulación de una historia universal, en cuyo marco se desarrollaría el proceso perfectivo que encarnaba el progreso. Las aspiraciones a predecir el curso de la historia mediante el descubrimiento de las correspondientes leyes (es decir, el establecimiento de un sistema nomológico-deductivo), acabaría siendo una de las asechanzas deterministas de mayor pervivencia. El afán de certezas, que equivaldría a una forma eficiente de poder, conjugaría el refrendo del carácter científico de la historia con las demandas acerca de su utilidad. El hombre se sentía así seguro de dominar la evolución de la naturaleza y el propio devenir humano. La historia podía explicar el presente a través del pasado; aunque, en realidad, procedía a la inversa proyectando sobre el tiempo precedente los parámetros de la actualidad. No era el pasado el que «comprimía», o de otro modo, actuaba sobre el presente, sino que quedaba sometido a éste. Algo que hasta hoy continúa perturbando la correcta reflexión histórica, de manera creciente, a través del anacronismo que supone

⁸ Ver FINKIELKRAUT, A.: *Nosotros los modernos*. Pról. de Jon JUARISTI. Madrid, 2006, pp. 180-181.

la aplicación de nuestras categorías conceptuales, de nuestra mentalidad y aun de nuestra metrología, a unos seres humanos cuya cosmovisión presenta diferencias muy acusadas respecto de la actual.

Sin embargo la «explicación», garantía máxima de aquella historia, podía incluso trascender hacia el futuro en forma de predicción. El historiador se había transformado en científico social cuyo saber producía confianza. En el curso del Ochocientos la consideración del hombre, sobre sí mismo, encontró en la historia su espacio natural. A través de ella procuró superar sus propios límites para avanzar por la senda de una evolución que le llevaría a convertirse en una especie de dios, aunque fuera menor. En ese siglo podían convivir las viejas acepciones de la historia que, según el Duque de Rivas, en la más pura línea ciceroniana, *«nos conserva vivas las edades pasadas, que da lecciones severas y graves a la presente y que lega avisos importantísimos a las venideras...»*, con las ideas de los «nuevos tiempos», y de este modo el citado Ángel Saavedra añadía a propósito de la misma historia: *«...esa ciencia sublime en que se sigue paso a paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales»*⁹.

Desde mediados del XIX, la historia se convertiría en el mejor aval de la nueva religión, la del progreso. Las formulaciones de Comte sobre la «ciencia positiva» serían acogidas por la historiografía liberal con el entusiasmo propio de quien se siente fortalecido por un discurso que refleja sus aspiraciones y aseguraba que se cumplirían de modo irremediable.

⁹ RIVAS, Duque de: «La utilidad del estudio de la historia sobre el acierto con que la propone la Academia». Discurso de recepción leído en la Real Academia de la Historia el 24-IV-1853. Tomo I, p. 248.

Los primeros síntomas de desconfianza, surgidos de la mano del irracionalismo y del vitalismo, no llegaron a hacer perder la fe en aquella historia, al menos a la mayoría de las gentes. Lo que sucedió fue que se exigió al historiador que la «validez» de su «ciencia» fuera capaz de mantenerse frente a la sociología y otras disciplinas que podían competir con la historiografía.

Sólo la Gran Guerra de 1914 a 1918, la más rotunda escenificación surrealista del conflicto entre seres humanos, pudo poner fin al optimismo. Al ardor belicista le siguió, de inmediato, la sombra de la muerte, no sólo la de los caídos en los campos de batalla. En 1930, Ortega y Gasset describía la angustia derivada de la modernidad, a consecuencia del sentimiento de vergüenza e inseguridad, especialmente en su destino, que sacudía a aquella atenazada sociedad¹⁰. A partir de ahí, desvanecidas las seguridades, el miedo y la náusea ante lo ocurrido, dieron paso a la angustia y al pesimismo. La historia dejó de interrogar al pasado, en busca de claves de un futuro común, y se convirtió en la herramienta del culpabilismo. El hombre dejó de confiar en sí mismo y en los demás, al menos como género, y buscó en el resto de la gente la causa de la catástrofe. El «irresponsabilismo» se convirtió en la forma de insolidaridad más evidente. Los responsables eran, en cualquier caso, los otros, los enemigos de «clase», los colectivos etnoculturales a los que se había recurrido en otras ocasiones como objetos de expiación, las naciones rivales...; todos, en suma, menos nosotros.

Sin embargo, a pesar de los desengaños, y de los cambios en cuanto a sus objetivos, la historiografía permaneció aferrada, en gran

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: *Ob. cit.*

medida, al positivismo, al menos en lo sustancial. Este afán «pragmático» recibiría duros embates a lo largo del tiempo. Uno de los más rotundos, aparte de la reflexión orteguiana sobre la teoría del conocimiento positivista, vendría de la crítica de Popper a la confianza en una supuesta tendencia permanente al progreso, lo cual le llevó a la descalificación del historicismo y del psicologismo¹¹.

De la mano del filósofo alemán, el hipotético sometimiento de la historia a la razón sufriría una de sus penúltimas descalificaciones, a partir de las premisas del propio racionalismo. A saber: 1) El curso de la historia humana —afirmaba Popper— está condicionado, en parte al menos, por la ampliación del conocimiento humano, cuyo crecimiento no somos capaces de predecir; en consecuencia no podemos establecer previamente el discurrir de la historia de la humanidad. 2) Según esto, no puede existir una teoría científica del desarrollo histórico capaz de servir de base para la predicción histórica. Seguramente porque, como escribía E. Fromm, «...*el hombre mismo es la creación más importante y la mayor hazaña de ese incesante esfuerzo humano* —y como tal libre— *cuyo registro llamamos historia*»¹². Esta crítica del historicismo estaba en la defensa de la sociedad abierta hecha por Popper, contra cualquier totalitarismo¹³.

Entre estas amenazas continuaba vigente la plasmada en los estados comunistas, tanto en la Unión Soviética como en los países del Este de Europa y otras partes del planeta, de China a Cuba. No en vano la pretensión de mantener la vigencia del positivismo en

¹¹ POPPER, K.: *La miseria del historicismo*. Madrid, 1981.

¹² FROMM, E.: *El miedo a la libertad*. Barcelona, 1982.

¹³ POPPER, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, 1994.

el ámbito de la historia había adoptado una de sus formulaciones más arraigadas en el materialismo histórico. Dentro del marxismo, el concepto de una evolución histórica, previsible e inevitable, hacia el modo de producción comunista se prolongó, aliada con la correspondiente carga de factores ideológicos, más allá que en otras tendencias. Aunque hubiera de asumir un fuerte compromiso con el estructuralismo; e incluso, en los años setenta del siglo pasado, se escenificara en su seno algún debate que hoy se nos antoja esquizofrénico, como el protagonizado por Thompson y Althusser, acerca del papel de la «teoría» en la evolución del proceso histórico.

Pero las nostalgias de un saber cuya proyección tuviese alguna utilidad inmediata seguían vivas también en otros estados europeos y americanos, demoliberales o no. La polémica se polarizaba aquí entre la llamada «historia comprometida» y quienes defendían una historiografía que, por encima del compromiso político de sus autores, situara la exactitud, la integridad y la precisión de la información y «*la razón de los hechos, haciéndolos inteligibles a una mente racional, sin acomodarlos a una dogmática preestablecida*»¹⁴. Desde luego, la supeditación de los datos a la oportunidad o la moda redundaba, sin duda, en la pérdida de credibilidad de la historia. Una vez más se pensó que el modo más adecuado para recuperar el prestigio pasaba por desarrollar una teoría y una metodología rigurosas.

En 1971, R. Koselleck se preguntaba *¿Para qué todavía la Historia?* y abogaba por un rearme teórico de la disciplina a través de una teoría de los tiempos históricos, considerando este tiempo diferente

¹⁴ PALACIO ATARD, V.: «Cómo escribir la historia de España», en CAMPO, S. del (Coord.): *Anticipaciones académicas del siglo XXI*. Madrid, 2003, p. 40.

del que llamamos natural, irreductible al cronómetro. Algo que ya había enunciado Braudel, en cierto sentido, con carácter iniciático, al hablar de un tiempo geográfico, un tiempo social y un tiempo individual. No tardaría Koselleck en insistir en esa misma línea y, al año siguiente, publicaba *La ciencia histórica menesterosa de teoría*. En realidad esa demanda de afianzamiento de la historia constituía, de nuevo, una estrategia defensiva frente a la Sociología y otras materias que, de modo paulatino, invadían el espacio de Clío. Sin embargo, los avances en ese sentido fueron escasos.

Pero la de Koselleck no era la única voz que se alzaba entonces en petición de una teoría más sólida para la historia. En Estados Unidos se sucedían proposiciones de la misma clase, desde la década de 1960, en el ámbito de la revista *History and Theory*. Aunque, como decíamos, la inquietud se manifestaba con mayor fuerza en la historiografía alemana. Los nombres de Wittram y Schieder aparecían entre los principales impulsores del estudio de la *Teoría de la Historia*. Su iniciativa movilizó, a partir de 1973, a un conjunto de historiadores que acabaron especializándose en esa teoría, en un esfuerzo tan concreto que llegaba al punto de reservarse ese territorio como algo específico, amenazando con reproducir el cisma entre historiadores y filósofos de la historia, como señalaba Rubio Sacristán¹⁵.

Precisamente acerca de la importancia del marco teórico de la historia podríamos hallar entre los historiadores posiciones radicalmente enfrentadas a las de los que se esforzaban por teorizar, en la misma década de los setenta de la pasada centuria. Para H. Lubbe

¹⁵ Ver RUBIO SACRISTÁN, J.A.: «Una crisis en la ciencia histórica». Discurso de recepción leído en la Real Academia de la Historia el 26-IV-1987. Madrid, 1987.

la historia, como narración, no sería susceptible de ninguna teoría; mientras, en el otro extremo, se encontrarían nombres como los de Rüsen o los de los defensores de la llamada historia social y económica, Wehler, Kocka y otros, cuyos planteamientos desembocarían en la historia cuantitativa. En realidad la consideración de la teoría por algunos de estos últimos tendría un acusado carácter instrumental, que la situaba casi a la altura de la metodología. En cualquier caso conviene recordar, a este respecto, que, por ejemplo, Ortega había señalado, como característica de la teoría científica, en general, «*el descubrimiento de conexiones entre los hechos*». Así este «ejercicio relacional» conferiría a la historia, caso de lograrlo, un marchamo «científico» propio, capaz de manifestar la asociación existente en los hechos históricos, más evidente, en cierto sentido, que la del acontecer en el reino de la naturaleza.

Sin embargo, una opción diferente, de profundo arraigo en el mundo universitario alemán, se abría camino en defensa de la hermenéutica, del *verstehen* o comprender histórico, de la mano de Gadamer. Al lado de ésta se venía desarrollando, desde los años treinta del Novecientos, la «teoría crítica» (Horkheimer, Adorno, Habermas, H. Arendt...). Esta última tendencia concedía a la hermenéutica un carácter peculiar. En todo caso, constituía una más de las expresiones de rechazo al enfoque analítico-positivista; pero, a la vez, una reivindicación de la operatividad, de la «utilidad» si se quiere, de una historia crítica de la sociedad y comprometida en su transformación.

A las mencionadas corrientes hermenéuticas vendría a sumarse una demanda de la historia como ciencia social, invocada por una serie de historiadores, de Lamprecht a Wehler y muchos más, que nos conduciría a potenciar la interdisciplinariedad y la aportación, a

la historiografía, de la sociología y la economía, etc. Pero también al determinismo positivista que inspiraba estas disciplinas.

No pocos historiadores se mostraron dispuestos a pagar este precio, pero otros buscaron afianzar la especificidad científica de la historia, admitiendo una cierta debilidad a cambio de libertad. Para Rickert¹⁶ la contraposición entre historia, como ciencia de la cultura, y la ciencia de la naturaleza derivaba tanto de sus respectivos fundamentos teóricos como metodológicos. El científico que trabaja en el último de los campos citados apenas concede más atención a los objetos individuales, que componen la realidad, que la imprescindible para descubrir sus caracteres comunes con otros similares. Su interés se centra en el establecimiento de las leyes generales que pueden inducirse a partir de tales coincidencias. La tendencia a la generalización constituye así la base de las ciencias naturales. A la vez, su metodología conduce a la abstracción, como medio de establecer su significado lógico. La ciencia histórica actuaría en el extremo opuesto, cuyo principio sería la individualización, sobre el cual el historiador formaría sus conceptos en función de los valores de índole política, religiosa, económica, social... que le sirven de referencia. Esta particular «teoría de los valores» despertaría, durante algún tiempo, un notable consenso entre los historiadores.

Sin embargo, los efectos de ese «neokantismo» auspiciado por Rickert, aunque otorgara autonomía a la ciencia histórica, frente al sometimiento que comportaba el positivismo, no tardaría en ser también cuestionado. El triunfo de las ciencias sociales, en ocasio-

¹⁶ RICKERT, H.: *Die Grenzen der naturwissenschaftliche Begriffsbildung*. Tübingen, 1929 (4.ª edic.).

nes más aparente que real, y la supuesta «utilidad» que les conferiría su hipotética capacidad «explicativa», incrementaron su presión negativamente sobre la historiografía. Por una parte amenazaron el dominio del pasado, propio de la historia, y, por otra, provocaron, como respuesta, la desviación de gran número de historiadores hacia la conversión de la historia en una parcela de la historia social, que señalaba como objeto de su estudio lo colectivo y lo estructural, en tanto que el individuo y lo individual quedaban proscritos. Este «enfoque» permitía la aplicación de métodos y técnicas estructuralistas y cuantitativistas que venían a ser el ropaje adecuado para el pretendido éxito.

En realidad, a estas alturas, no se trataba de mantener abiertas viejas confrontaciones, entre sociólogos e historiadores (los tiempos de Durkheim, H. Beer, Simmel, Seignobos, Langlois..., quedaban ya relativamente lejos). Ahora se abogaba por la colaboración entre sociología e historia, en un sincretismo enriquecedor para ambas ciencias. Desde Dreitel a Schieder, pasando por Mac-Rae y Apel, se defendía con ahínco no sólo la interrelación de tales saberes, sino hasta la hibridación de la historia y la ciencia social.

La década de 1980, que culminaría con la caída del muro de Berlín, cerraba toda una época. La historia «justificativa», «legitimadora», «científicamente incontestable», se hundía con estrépito. No cabía ya el afán por prorrogar el marxismo, ni a través de subterfugios lingüísticos, ni parapetándose en la apoyatura cuantitativa, ni en ningún otro recurso similar. El éxodo historiográfico, iniciado unos años antes por un sector de los historiadores afines al materialismo histórico, se convertía en desbandada. Nuevos esfuerzos, aunque menos ilusionados que años antes, se dirigieron a buscar alguna salida en la ampliación del campo temático de la historiografía. Pero, entre

nosotros, las dos líneas principales de reacción ante el naufragio para los apóstoles del marxismo, al menos de los contemporaneístas, han sido la instalación en un espacio temporal, de dudosa cronología, y en un relato groseramente sesgado construido sobre la llamada «memoria histórica». Más aún, cuando un proceso histórico no se ajusta a sus intereses pueden llegar a unas formulaciones tan «kafkianas» como, por ejemplo, *«la historia se equivoca a veces»*. Curiosamente, tales ocasiones son siempre aquéllas en que los acontecimientos no coinciden con sus planteamientos.

Así los últimos compases del siglo XX se enfilaban desde la proclamación, explícita o tácita, del fin de la historia. Los defensores de la democracia capitalista (cuyo ejemplo más llamativo sería Fukuyama) empezaban advirtiéndonos de la posibilidad de que estuviéramos ante el último paso de la evolución ideológica de la sociedad. A manera de colofón pronto nos certificaban «el fin de la historia»; aunque, eso sí, se nos consolaba con los logros que se ofrecían como resultado. No obstante, se admitía que *«el fin de la historia sería un tiempo muy triste»*. A continuación se anunciaban los que podríamos llamar los nuevos «parámetros de la humanidad». Frente a la tensión por trascender, los hombres entrarían en un mundo más tranquilo, el reducto de la imaginación y del idealismo sin crispaciones. Sus preocupaciones inmediatas se limitarían a lo económico, a la resolución de los problemas técnicos, al cuidado del medio ambiente y a satisfacer un consumo cada vez más sofisticado. Por su parte, los nostálgicos del paraíso comunista se situaban en la temporalidad ahistórica del «tiempo presente», de «nuestros días», del «mundo actual», etc., y sustituían la historia por un discurso ajeno a la teoría, la metodología y cualquier otro signo de la menor preocupación científica; pero, sobre todo, especialmente ajeno a la ética.

Una vez más, como había ocurrido con el ukronismo de Sebastian Mercier en *El año 2440*, o el de Anatole France en *Sur la pierre blanche*, con el año 2270 como horizonte, se trataba, por unos u otros motivos, de escapar de la historia. En un caso, se había perdido la confianza ante el rotundo fracaso; en otro, se renunciaba a proseguir dudando de las posibilidades de superación. ¿Qué le quedaba por hacer al historiador?

II) EL HISTORIADOR

El «hacedor de historias», en su función esencialmente literaria de constructor de la memoria colectiva, había disfrutado, en sus orígenes, de la tolerancia que le confería el carácter, prioritariamente descriptivo, de un pasado más o menos nebuloso, en el cual se mezclaban dioses y hombres movidos por alguna instancia fatal. Pero a medida que la dimensión antropológica se enseñoreaba del espacio antes compartido con la providencia y, sobre todo, desde que el racionalismo cimentó la pretensión de someter el devenir de la humanidad, como dijimos, a un proceso nomológico-deductivo, el historiador pretendió dominar un saber que tendía a explicar el pasado. Más aún, a convertirle en la causa del presente y hasta en el determinante del futuro.

A lo largo del Ochocientos, con la institucionalización de la ciencia, la historia se transformó en una disciplina universitaria y el historiador, transformado en funcionario, se profesionalizó. Se convertía así en buscador obligado de «la verdad», incluso durante un tiempo de la supuesta única verdad, que casi siempre seguía siendo la que convenía

al poder establecido. Su verdad se vio arropada por la correspondiente *autoritas* institucional; y revestida desde entonces de «cientifismo».

Ciertamente, las condiciones del oficio de historiador derivan, de manera directa, del papel sociopolítico que se confiere a la historia (historiografía) en cada momento y en cada lugar. En este aspecto se produce, una vez más, la paradoja como nota característica de la contemporaneidad. Por un lado, hace tan sólo unos años, más de la mitad de los franceses afirmaban tener algún libro de historia en sus domicilios y un 10 por 100 de ellos señalaban esta materia como su lectura preferida. Hacia 1970, Ankersmit indicaba que había más historiadores ocupándose del pasado que los que se habían dedicado a estos menesteres desde Herodoto hasta 1960. A pesar de ello el conocimiento de la historia, en esas mismas décadas, resultaría manifiestamente mejorable.

En España apreciaríamos igualmente un incremento del número de publicaciones de historia y de la nómina de historiadores en ese período, pero habría que ser también prudentes a la hora de evaluar el resultado de estos datos. ¿Significa tal aumento de bibliografía histórica y del número de autores una mejora importante del conocimiento del pasado, en el común de las gentes de nuestro país? Acaso no, tanto por la escasa atención que se presta a la historia en nuestro sistema educativo, como por el discutible valor de muchos de los títulos producidos, fruto de la deficiente preparación y la falta de compromiso ético de no pocos historiógrafos. El comportamiento de algunos de ellos, a este y al otro lado de nuestras fronteras, daría pie a la durísima descalificación de Jünger, que prevenía «*contra los historiadores que se envilecen hasta el punto de convertirse en meros peones y cómplices del periodismo...*»¹⁷.

¹⁷ JÜNGER, E.: *La tijera*. Barcelona, 1997, p. 218.

Habríamos de admitir que las tentaciones son grandes y que la crisis del pensamiento occidental en los compases finiseculares del Novecientos, prolongada en los inicios del tercer milenio, aumenta los riesgos para el historiador. Problemas teóricos y metodológicos, quiebra de las utopías, cuestionamiento de las ideologías, descalificación de los meta-relatos, el presentismo dominante..., un amplio conjunto de factores aumentaría la desconfianza en la historia y en sus cultivadores, más allá de las apariencias.

Como recurso, según hemos visto, la pérdida de «certezas» hizo que un cierto escapismo se adueñara de la historiografía. La microhistoria pretendió suceder a una historia de mayores aspiraciones y, sobre todo, el sentido social de la historia y el compromiso ético del historiador, que equivaldría a su deber metafísico respecto a la moralidad, por tratarse, en principio, de una ciencia de «lo que es», se fueron diluyendo. Es a partir de este punto en el que nos encontramos, desde el que intentaré aproximarme a lo sucedido y reivindicar el papel del historiador.

III) ÉTICA E HISTORIA

Sin duda la relación fundamental entre Historia y Ética, entendida esta última, no tanto como ciencia de las costumbres, sino del bien y del mal de los actos humanos y de los principios constitutivos y fundamentales de la vida moral, se conjuga en la verdad. La teoría que adoptamos acerca de esta última y sus límites condiciona, en principio, la convicción imprescindible para organizar la información obtenida del pasado. Desde aquella declaración cervantina en la que D. Miguel ponderaba la vinculación de verdad e historia cuando, dentro del clasicismo más ortodoxo, hacía decir a D. Quijote: *«la verdad, cuya madre es la Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo del pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia del porvenir»*, hasta la desconfianza y el relativismo de nuestros días, media una gran distancia. No pocas veces insistiría Cervantes en la evidencia de la verdad, por encima de todo. Nuevamente en la segunda parte de *El Quijote* (capítulo X) aseguraba: *«la verdad adelgaza y no quiebra y siempre anda sobre la mentira, como aceite sobre el agua»*. Vista la desconfianza en la verdad que sacude nuestro tiempo cabría preguntarnos: ¿acaso ha quedado re-

ducida tan sólo a un postulado quijotesco? Ciertamente, no; aunque la fe del ilustre manco se alimentara más de ilusión que de reflexiones científico-positivas, apuntaría a un ideal imperecedero. Aun en el peor de los casos, la necesidad de «la verdad» llevó, al menos, a creer en ella durante un tiempo y esa misma «creencia» era ya, en sí misma, un valor social, una aportación positiva. Renunciar a la posibilidad de alcanzar la verdad, o al menos una verdad, equivale a la negación de la historia.

El otro factor esencial de la historia es la libertad. Una acción libre es siempre una acción humana y, de modo recíproco, cabría decir que sólo las acciones libres serían verdaderamente propias del hombre. Así pues, junto a la búsqueda de la verdad, la coordinada que marca la labor del historiador, en la relación entre ética e historia, atañe a la defensa de la libertad. Aunque esta tarea sea abordada también, en no pocas ocasiones, por literatos y filósofos, a través de la crítica, desde su aproximación a la historia; con ejemplos tan notables, entre nosotros, como Larra, Unamuno, Ortega y muchos más. Pero el compromiso del historiador no se limita a actuaciones episódicas, ha de involucrarle constantemente en la lucha frente a todo determinismo que atente contra la libertad, sea éste de la naturaleza que fuese y en cualquiera de las múltiples formas en las que se haga patente al correr del tiempo: filosóficas, políticas, científicas, etc. Hagamos mención únicamente de algunas de las últimas asechanzas.

Hace poco más de un año el profesor Álvarez Gómez aludía al fantasma, cada vez menos etéreo, de una de las últimas formulaciones que significa la negación de la libertad¹⁸. El peligro vendría de unas ciencias

¹⁸ ÁLVAREZ GÓMEZ, M.: «El problema de la libertad ante la nueva escisión de la cultura». Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

empíricas que invaden, de manera más o menos agresiva, el campo de las ciencias del espíritu; en este caso, la neurología desplazaría a la filosofía en cuanto al estudio de cuestiones tales como la naturaleza del conocimiento, de la sensación, de la conciencia o de la voluntad libre¹⁹. Los postulados acerca de los determinismos neuronales concluirían en que «...tenemos experiencia de la libertad y nos comportamos como si fuéramos libres, pero esto es una ilusión. En rigor estamos determinados a hacer lo que de hecho hacemos. No podemos obrar de otro modo. En el momento en que creemos estar decidiendo por propia cuenta, ya el cerebro ha decidido por nosotros de antemano»²⁰. No existiría, pues, la libertad.

En puridad se trataría de una más de las teorías deterministas expresadas a lo largo de los siglos y que implica, en primer término, un concepto muy restringido de la libertad, construido desde la perspectiva empírico-científica. Su campo superaría los límites de sentirnos causantes de nuestros actos, los cuales habríamos realizado tras la elección entre una gama de alternativas. En esa misma medida, la libertad iría acompañada del reconocimiento de la responsabilidad por tales acciones. Algo que nos remite en parte a la conformación social de la libertad y, por consiguiente, al indeterminismo fisiológico colectivo que nos permite ser, al menos, parcialmente libres.

Realmente la negación de la libertad desde el prisma del empirismo vendría ya de Kant, en su *Critica de la razón pura*, como

Madrid, 2007. Se hacía eco de la obra de KEMPERMANN, G.: *El fantasma del determinismo recorre Alemania*, 2004.

¹⁹ Ver SINGER, W.: *Ein neuss Menscheubild? Gespräche über Hirnforschung*, Frankfurt, 2003. También ROTH, G.: *Aus Sicht des Gehirns*, Frankfurt, 2003; y *Hirnforschung und Willensfreiheit*, Frankfurt, 2004.

²⁰ *Ibidem*.

bien señala el profesor Álvarez Gómez²¹. Pero la libertad de actuar es mucho más compleja e implica otros aspectos del ser humano como la conciencia, la voluntad, el poder, a la par que otros factores, que tampoco serían invalidados por condicionantes neurológicos. Por otra parte, aunque la fenitilamina fuera la molécula neurotransmisor del amor y de la pasión, aunque en el futuro se descubriera el modo de actuar sobre ella, aunque la biogenética avance espectacularmente, completando el cuadro de los hipotéticos agentes de nuestras emociones y sentimientos, el ser humano seguiría encarnando la libertad, ese resorte que le lleva, incluso, a atentar contra ella, en sí mismo y en los demás. De otro modo sí que habríamos llegado al fin de la historia. El propio hombre, que pugna por «*matar a Dios desde el Setecientos se habría aniquilado a sí mismo*».

Un compromiso particularmente arduo obliga al historiador a este respecto. Por un lado, debe contribuir a mantener la tensión propia de la historia, es decir, del devenir humano en permanente busca de la superación, y, por otro, a diferencia de algunos postulados vigentes en el Ochocientos y en el Novecientos, advertir de la existencia del límite, entendiéndolo como tal, en primer término, el señalado por la propia libertad del ser humano y, por tanto, del mismo saber histórico.

La defensa de la libertad, individual y colectiva, en cuanto valor esencial de la historia lleva aparejada la responsabilidad inherente a los sujetos libres. El historiador está éticamente obligado a rechazar las construcciones «irresponsabilistas» a las que nos aboca cualquier determinismo, pero también cualquier otra manipulación dirigida

²¹ ÁLVAREZ GÓMEZ, M.: *Ob. cit.*, p. 98.

al mismo fin. En el catálogo de obligaciones del historiador figura, pues, el rechazo radical que conduce a descargar las frustraciones de cualquier época sobre una figura elegida al efecto y satanizada para expiar la responsabilidad colectiva. Cuando se trata de convertir al Conde-Duque de Olivares en el causante de los «males» de la España del siglo XVII; o al hacer lo mismo con D. Manuel Godoy para lo ocurrido en el último tramo del siglo XVIII y comienzos del XIX; cuando las sombras de cuatro décadas del Novecientos se atribuyen en exclusiva a Franco o en fechas más recientes se implementa el mismo discurso con otro protagonista, el historiador ha de rebelarse contra ese «irresponsabilismo» colectivo que, aparte de demagógico, priva a los mismos a quienes pretende justificar y tranquilizar de su condición de seres libres, ética y moralmente responsables.

Aunque la historia como ciencia se encuadra dentro de los saberes que se refieren al ser, o lo que es lo mismo se dirige a contestar a la pregunta ¿qué sucedió?, se plantea también, en buena medida, por extensión, aportar referencias para comprender la misma cuestión formulada en presente, ¿qué sucede? Según Fernández de la Mora sería, en el primer caso, un ejercicio científico eminentemente descriptivo de hechos y correlaciones; algo comparable, en cierto sentido, a lo que haría la física²². Se situaría, pues, en un plano diferente a los que, el mismo autor, denominaba «ciencias de lo realizable», entre las cuales situaría la moral.

Este planteamiento nos parece discutible. Sin embargo, a renglón seguido, señalaba que los saberes sobre la conducta se refieren

²² Ver FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: «Ética de la Inteligencia», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Año LLVIII, n.º 73, Madrid, (1996), pp. 81-88.

exclusivamente al hombre, «cuyo comportamiento no lo predeterminan leyes mecánicas, ni instintos». Precisamente porque el hombre tiene conciencia de moverse en unos ciertos márgenes de libertad, y «es el único sujeto terrestre al que se le plantea la cuestión de lo que debe hacer»..., concluyendo que «sin hombres no hay ética»²³. De este modo libera a la historia, a nuestro juicio, del determinismo empirista de otras disciplinas y del corsé del descriptivismo, aunque, como ya hemos dicho, sea en la misma medida en que limita su capacidad «explicativa». Pero no sólo por el sujeto/objeto de su estudio sino por la propia ordenación ética de la metodología aplicable. A diferencia de lo postulado por quienes defienden que los saberes descriptivos han de ser ajenos a todo juicio de valor, creemos que hay una ética por encima del tipo de conocimiento que nos ocupa y, por supuesto, de la historiografía.

Un conjunto de valores, a varios de los cuales ya nos hemos referido, impulsa el quehacer del científico, acaso el primero de ellos **el valor del conocimiento** en sí, concebido como un bien. En segundo término, sin que ello suponga orden de importancia, estaría **el valor de la verdad**, para empezar como correspondencia entre el pensamiento y la realidad. El mencionado Fernández de la Mora concluía a este respecto, relacionando los dos valores anteriores, algo que compartimos plenamente: «conocer es un bien; pero ese bien crece en la medida en que es verdadero»²⁴. A continuación se situaría **el valor de la veracidad**, exigencia indispensable hacia la información que se obtiene y se comunica a los demás.

²³ *Ibid.*, p. 81.

²⁴ *Ibid.*, p. 83.

Habría que incluir también en este ámbito de la ética de la inteligencia, siempre con la especificidad que supone su aplicación a la historiografía, **el valor de la coherencia**. Si la práctica totalidad de los valores a los que hacemos mención aquí, y algunos más que no trataremos por no resultar excesivamente prolijos, serían otras tantas demandas predicables de la ética del trabajo intelectual en cualquier campo, y aun en el resto de los comportamientos humanos, éste obliga en grado superlativo al historiador. Ser coherente forma parte inseparable de la lógica de la veracidad de la historiografía; por un lado, en cuanto a su naturaleza de ciencia de lo real y, por otro, aun en su reducto de la interpretación de los datos empíricos. La misma lógica, en parte, que reclamaba Ortega a propósito de la responsabilidad intelectual en general²⁵.

Tampoco deberá obviar el historiador, digno de tal nombre, **el valor de la honradez**, que prescribe la necesidad de innovar en el conocimiento de su objeto de estudio y no limitarse a la mera enunciación de lo ya sabido. Una obligación, como ésta, debería parecer una obviedad, pero dada la proliferación de bibliografía y la superabundancia de trabajos de la más diversa índole acerca de la inmensa mayoría de los temas de estudio histórico, suele incurrirse en el error de repetir una y otra vez cuestiones ya tratadas sin aportar prácticamente nada nuevo. Así, reiteradamente, aparece el «descubridor del Mediterráneo»; año tras año, década tras década, por el defecto de no haberse procurado una adecuada información previa del «estado de la cuestión». Pero esta deficiencia, en cuanto a la calidad, este despilfarro de recursos, no alcanzarían la categoría más grave de

²⁵ Ver ORTEGA Y GASSET, J.: «Unamuno y Europa, fábula», en *El Imparcial*, 27-IX-1909. Ver *Obras Completas*. Tomo I, Madrid, 2004, p. 259.

falta de ética, en toda su extensión; si acaso, tales defectos quedarían incursos en el contexto del preocupante declive de nuestros medios académicos y de la degradación a la que la política viene sometiendo a la historiografía.

Peor sería, desde el punto de vista ético, obtener el mismo resultado no sólo por inconsciencia o insuficiente preparación para el ejercicio profesional, sino por la utilización fraudulenta del esfuerzo de otros historiadores sin reconocimiento expreso. De este modo se incumpliría con el requisito ético del **valor de la justicia**; del pago que ha de hacerse a quienes te precedieron en la investigación sobre el mismo asunto y fueron desbrozando el camino hasta el punto en que comienzas tu propia singladura, aprovechando el esfuerzo de esos otros. El no reconocimiento de esta deuda intelectual, cuando no se citan las fuentes y se agradecen las aportaciones, sin las cuales estaríamos en un constante «kilómetro cero» de la ruta del saber, constituye la negación del proceso de los conocimientos; como señala el ya citado Fernández de la Mora, *«la prohibición del plagio es un imperativo moral de la inteligencia»*²⁶. Poco tendríamos que añadir en este caso, a tan lapidario juicio, desde la perspectiva específica del saber histórico.

El compromiso social del historiador pasa también por el requisito ético de dar a conocer sus logros, por **el valor de la publicidad**, de entregar a los demás aquello que puede cooperar al mejor conocimiento, desde esta disciplina, tanto de sí mismo como de los demás. Claro que este «servicio a la comunidad» sólo puede ser tal en la medida en que el trabajo realizado responde a la exigencia, ya

²⁶ FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: *Ob. cit.*, p. 85.

apuntada, de presentar alguna novedad. Este valor de lo útil refrenda la demanda de la sociedad acerca del saber.

He apuntado en varios pasajes de este discurso al problema de la utilidad de la historia. Si se tratara de un ejercicio simplemente descriptivo, su proyección sobre el desarrollo de la humanidad sería mínimo. Si se negase la posibilidad de ese devenir perfectivo de los seres humanos, no determinado por normas cerradas, sino como producto de su razón, pero también de su libertad y de su voluntad, la historia resultaría inoperante y su servicio a los hombres sería nulo. Circunscrita al mero juego de la descripción del pasado, la historiografía acabaría convertida en una especie de divertimento intelectual en el ámbito de lo particular. Al defender **el valor de la utilidad** de la historia no arrancamos de la preocupación por el pragmatismo que, habitualmente, induce al profano teñido de escéptico a preguntar para qué sirve la historia; se trata, simplemente, de que como ciencia de la realidad su corolario factual es el ser útil.

Esta utilidad se concreta, especialmente, en su **valor educativo**. La historiografía constituye una forma de influir en la conciencia colectiva. En este sentido podría ser la brújula para intentar orientar el navío en que la humanidad navega hacia algún puerto del que ignora su situación, según el concepto de historia enunciado por I. Berlin. Finalmente, señalaremos que la historia es una herramienta política y, en consecuencia, una posibilidad de cooperar al mejor o al peor servicio de la sociedad.

La formulación en positivo de los valores éticos enunciados remite a la existencia de otros tantos contravalores. Así, al lado de la verdad o frente a ella, de la veracidad, de la justicia, de la coherencia, etc., se asientan la falsedad, la falsificación, la injusticia, la incoherencia, etc.

Los imperativos de la ética del trabajo intelectual, aplicado al cultivo de la ciencia en general y de la historia en particular, pueden ser cumplidos o transgredidos, aunque no me atrevería a asegurar que con la misma facilidad. Las víctimas más frecuentes de la perversión ética resultan ser, en concreto, las ya citadas: la justicia, la verdad y la veracidad, con un verdugo común: la mentira.

De la mano de esta última suele ir la servidumbre al poder, de manera primordial al poder político, convertida en un ejercicio tan repudiable como habitual en el campo de no pocas de las ciencias sociales y, desgraciadamente, de la historia. El supuesto valor «legitimador» del testimonio histórico supone el manido recurso al que se aferran, ayer y hoy, las diversas tendencias y formaciones políticas. Así las medias verdades, o los más burdos engaños, se utilizan, por diferentes instituciones, entre ellas el Estado, en múltiples ocasiones. Tal vez sólo el derecho sería la «ciencia» capaz de jugar el papel más parecido al de la historia, dentro de esas disciplinas «auxiliares» del poder.

La posibilidad de utilizar la historia de manera perversa se mantiene en cualquier circunstancia. La dificultad de someter el relato histórico a la «falsación» inmediata y la ausencia de actitud crítica en la mayoría de la población permiten rentabilizar fácilmente el engaño, a través de la manipulación. Las construcciones que resultan más sencillas de imponer y mantener son las «grandes verdades», casi siempre favorables al poder establecido. Teorías ajenas a los hechos, invenciones en la frontera del mito, llegan a adquirir valor de dogma incuestionable gracias a la cooperación de determinados intelectuales, entre los que se cuentan no pocos historiadores. Quizás resulte complicado, o contraproducente, perseguir la verdad pero éste es el precio de la honestidad; según afirmaba García Morente, *«el intelectual auténtico no puede servir nada más que a la verdad»*. Yo añadiría

que en esta categoría en primer lugar debe hallarse el historiador. La libertad de los protagonistas de la historia quizás no le permita alcanzar esa frontera, pero su compromiso tampoco le permite renunciar a alcanzarla.

Dentro de este compromiso, forma parte del tributo social del estudioso del pasado combatir contra el proloquio vulgar según el cual «*la historia es el arsenal que suministra armas, igualmente, a todas las opiniones*»²⁷. Cualquiera que aspire a merecer el título de historiador está obligado a esforzarse por profundizar en el rigor epistemológico y metodológico de los estudios historiográficos para separar historia y memoria, conceptos cuyo contenido tiende a la antítesis. El primero hacia la objetividad, en la medida posible; el segundo, hacia la subjetividad sin paliativos. Ese esfuerzo científico es para el historiógrafo una obligación cada día más estrecha, con el fin de erradicar, o disminuir, la recurrente manipulación del pasado, que viene haciéndose a través de una supuesta historia «desquiciada y surrealista», construida desde la mayor indigencia intelectual y al servicio de intereses espurios. Circunstancia esta particularmente grave en nuestro país, aunque sea éste un problema «universal», que en el caso de España ha tenido especial incidencia contribuyendo, repetidas veces, al desencuentro de los españoles. En los últimos tiempos este empeño ha alcanzado cotas difícilmente superables. Además se ha introducido un elemento particularmente indeseable, el de convertir a esa lectura falaz no sólo en factor de desorientación sino de confrontación. Frente a este peligro se han alzado numerosas y autorizadas voces, en todo tiempo. «*Mientras no contemos con un saber histórico de la*

²⁷ AZCÁRATE, G. de: «El carácter científico de la historia». Discurso de recepción leído en la Real Academia de la Historia el 3-IV-1810. Tomo XV.

masa —léase la sociedad—, despojado de todos los errores y calumnias tradicionales —escribía Altamira—, habremos adelantado muy poco en el proceso de formación de nuestra conciencia histórica nacional. La dolorosa experiencia de infinitos casos —añadía— nos enseña el reducido valor de aquélla (el saber histórico de la masa) en momentos críticos»²⁸.

A estas alturas del siglo XXI esas afirmaciones siguen teniendo pleno valor. Amplíese, si se quiere, el marco de referencia y donde se hablaba de «conciencia histórica nacional» dígase ahora «conciencia histórica», sin ninguna limitación espacial, y la vigencia de aquel predicado será la misma. La responsabilidad y el compromiso del historiador, en la medida en que debe contribuir a mejorar el conocimiento histórico, en la sociedad en la que vive, resulta directamente proporcional a la importancia fundamental que tiene tal clase de saber.

Por último, para no alargar demasiado esta exposición, mencionaremos un aspecto, en este caso de carácter formal, postergado tal vez en exceso. Por encima de las modas, entre la ética y la estética, se sitúa otro **valor** irrenunciable de la historiografía: el **de la belleza**. Advertía D'Ors a los jóvenes sobre el valor vital de la obra bien hecha, señalándola como lo único trascendente en su realización personal. Sin duda puede aplicarse al historiador esta misma teoría, más aún convertida en condición definitiva de su trabajo, no sólo en el fondo, sino también en la forma. «*De la Historia vengo a hablaros*, —manifestaba el ya citado Menéndez Pelayo, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia—... *de lo que, a primera vista, parece más externo y accidental en ella de lo que condenan muchos*

²⁸ ALTAMIRA, R.: *Ob. cit.*

desdeñosamente con el nombre de forma, como si la forma fuese mera exornación retórica y no el espíritu y el alma misma de la historia...»²⁹. Ya hemos dicho que, en cualquier circunstancia, pero especialmente ante la avalancha de publicaciones que sólo sirven para incrementar el volumen de una bibliografía aplastante, el historiador está obligado a contribuir al avance del saber, mediante la investigación necesaria, y a exponer sus resultados de manera clara y atractiva. Verdad, rigor y novedad han de marcar el camino de la historiografía, pero, añadiremos, sin renunciar a la belleza.

Hasta en este apartado una forma de perspectivismo, como exponente enésimo del relativismo, conduce a la falacia de que la historia es una especie de panóptico a la inversa; es decir, un catálogo de puntos de vista, todos igualmente válidos, que convergen sobre cualquier acontecimiento o proceso del pasado. Sin embargo, es evidente que no todos los que se asoman a un mismo escenario tienen idéntica capacidad para percibir, diferenciar y valorar los elementos que le integran, en particular en cuanto se trata de apreciar algo más que los elementos puramente físicos. Así pues, aun desde el plano de la estética, la labor del historiador está condicionada por su capacidad en relación con la realidad, lo cual le exige, en este terreno, el máximo esfuerzo a la búsqueda inexcusable de la excelencia.

Pero, por encima de cualquier otra consideración, también aquí el requisito supremo es la exigencia moral de la veracidad. No todo vale a la hora de obtener y procesar la información que constituye la base del quehacer historiográfico que culmina en el correspondiente relato.

²⁹ MÉNENDEZ Y PELAYO, M.: «La Historia considerada como arte bella». Discurso de ingreso leído en la Real Academia de la Historia el 13-V-1883. Tomo V.

IV) A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos insistido en que no hay actividad que podamos calificar de humana que escape a la ética, porque lo ético es específicamente humano. Ninguna labor científica, ninguna búsqueda del saber es neutra; la historiografía, tampoco. El historiador se halla, pues, obligado a buscar la verdad y a trabajar en pro de la libertad, ciertamente por su vocación, pero, simultáneamente, por la ética de su profesión que le compromete con la sociedad. Ambas, vocación y profesión, no son la misma cosa, porque mientras la primera corresponde al ámbito individual, la segunda pertenece a la vida colectiva³⁰; pero el historiador, esencialmente liberal, ha de intentar la mayor correspondencia posible entre una y otra. En este doble compromiso se encierra la única proyección aceptable de su trabajo. Ha de contribuir a situar activamente al hombre ante sí mismo, ante

³⁰ Ver SAN MARTÍN, J.: «Vocación y profesión. Bases orteguianas para una ética del futuro», en CEREZO, P. (ed.): *Ortega en perspectiva*. Madrid, 2007, pp. 108-109.

los demás, ante la naturaleza y ante lo trascendente. Pero también, de forma inmediata, ante el poder, que se concreta en un Estado en permanente tendencia a invadir espacios de libertad individual, con la excusa de protegerla. Su trabajo ha de proporcionar los materiales que permitan al ser humano, como individuo, y a la sociedad, como conjunto, reivindicar su autonomía y su responsabilidad frente a la utopía, aun disfrazada de «buenismo», encarnada y fracasada, más o menos trágicamente, una y otra vez, en el Estado providencia. Pero, en modo alguno, habrá de caer en la tentación, frecuente en ciertos «intelectuales», quienes, en su afán por teorizar sobre el ser humano y la libertad, acaban acuñando una definición cerrada de cómo debe ser el hombre. Propósito sospechoso precisamente porque se refiere a un ente libre.

Cambian los tiempos y mudan e incluso parecen confundirse las referencias de la ética y la libertad. Se rechaza el carácter universal de las prescripciones morales en el terreno del saber tratando de imponer, a cambio, una permanente acomodación a cada circunstancia. De este modo se eleva a categoría de sustantivo lo que es adjetivo y a la condición verbal, lo circunstancial. Pero ni siquiera en los últimos compases del siglo XX y el tramo que llevamos recorrido hasta hoy, dentro del siglo XXI, han cesado los esfuerzos por evitar que un relativismo «irresponsabilista» acabe con la ética y aun con la moral e instaure, de manera definitiva, una especie de «todo vale» en el horizonte de la sociedad. No podemos vivir sin normas, emanadas de unos fundamentos éticos, que señalen lo que debe o no debe hacerse. El historiador no es moralista, pero su trabajo comporta una dimensión ética que, por la naturaleza del relato que construye, insistimos, conlleva una inevitable repercusión social. No ha de alinearse con los que pretenden sustituir la responsabilidad personal ante el «otro», y ante nosotros mismos, por la responsabilidad ante el Código y sus

guardianes, y por ello reivindica una ética social. Si hay algo ineludible en su oficio, algo a lo que no puede renunciar el historiador, es a su condición de educador de la sociedad, en mayor o menor medida, en función de su predicamento profesional³¹.

No pocos de los rasgos que hemos indicado se han puesto en tela de juicio radicalmente en los últimos tiempos. Para la postmodernidad, en su intento de superar la cosmovisión moderna, expresión de la razón, carece de sentido el «universalismo» determinista³². Pero, a partir de ahí, la puerta a la libertad se cierra empujada por un igualitarismo degradante, peligrosa deriva que aniquilará indefectiblemente la ordenación ética y jurídica que, basada en la equidad, constituye el fundamento de una sociedad justa. Acaso la crítica de los universales conduzca de la Lógica a las lógicas y de la Ética a las éticas. Pero el pluralismo no ampara la sentencia de Kolakowski: «*todo es igual, nada es mejor*»³³. Por otro lado, la cantera de «ismos» que nos abruma acarrea una «fragmentación» preocupante. El catálogo de reduccionismos equivalente supone otros tantos determinismos, con sus preocupantes efectos sobre la libertad y la ética. Los particularismos de todo tipo que renacen sobre la crisis de la modernidad acaso reproduzcan a escala y multipliquen las incoherencias del modelo anterior, al que pretenderá superar.

Pero esto tal vez sea la versión perversa de la postmodernidad y pudiera acuñarse alguna otra más atractiva. Acaso el postmoder-

³¹ En este, como en otros puntos, resulta interesante una relectura de la herencia orteguiana, como la propuesta por CEREZO, P. (ed.): *Ob. cit.*

³² Ver PINILLOS, J.L.: «Ética y postmodernidad», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Año XLVIII, n.º 73, Madrid, (1996), pp. 159-173.

³³ KOLAKOWSKI, L.: *La modernidad siempre a prueba*. México, 1990.

nismo pretenda ser un intento de asomarse al mundo, desde la sensibilidad estética y el multiculturalismo, más flexible y que rechaza las tendencias totalizadoras inherentes al legado de la Ilustración. Repudia las grandes narrativas y «se opone a que la diversidad de las culturas perezca bajo la hegemonía de una civilización material unificada»³⁴. Dicho de otro modo, más que a la «globalización» económica, su repulsa se centra en evitar que el lenguaje unitario que de ella se deriva someta también los ámbitos de la estética y de la moralidad. ¿Se trata, como indica Bauman, de un episodio más en la dialéctica del universalismo y el particularismo repetido a lo largo de la historia?³⁵. No obstante, volviendo a la tozudez de la realidad, las contradicciones internas de esta formulación y sus repercusiones prácticas rebajan, sensiblemente, el optimismo o al menos el «buenismo» de tal teoría.

¿Y si después de tantos esfuerzos de ruptura y tan radicales rechazos, la postmodernidad no hubiera sido más que un enésimo pataleo contra lo desagradable de un sistema; un repetido «no es esto, no es esto», para acabar en brevísimo tiempo contemplando su propia imagen sobre los fragmentos del espejo roto y sorprendiéndose del enorme parecido, salvo en el tamaño, con la que pugna por destruir?

Aun en la más favorable de sus vertientes la postmodernidad empuja al hombre a vivir sin garantías y resignado a que la sociedad perfecta, según el mismo Bauman, y la naturaleza perfecta no son viables. No debe empeñarse en lograrlo pues el resultado suele ser

³⁴ PINILLOS, J.L.: *Ob. cit.*, p. 167.

³⁵ Ver BAUMAN, Z.: *Postmodern Ethics*. Oxford, 1993.

cruel. Pero esta proposición, aparentemente tranquilizadora, conduce a un conformismo desmovilizador quizás más frustrante aún.

El desafío presente del historiador, su destino prometeico y su compromiso es el de buscar la verdad, sabiendo que sólo dominará una parte de ella. En el mejor de los casos nunca estará en posesión de la verdad, pero sí poseído por ella y en tensión permanente por alcanzarla. Este imperativo moral, irrenunciable, común con otros investigadores y a la vez específico por las características de su verdad, confiere hasta hoy sentido a su trabajo.

Terminaré expresando un ferviente deseo. Como historiador, me atrevería a pedir, como hacía Ortega, que nada de lo que ha acontecido en nuestro país «...*quedara sin provecho para el aumento vital de España, a través del mejor estudio, del conocimiento sincero de lo ocurrido a través de esa capacidad de la historia para transfigurar las cosas poniéndolas en la debida perspectiva*». Debemos recordar nuestro pasado, sea éste perfecto o imperfecto, basta con que sea nuestro pasado esencial. «*Necesitamos de la historia íntegra para ver si logramos escapar de ella (en el sentido de superarla), no recaer en ella*»³⁶.

He dicho.

³⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: «Primitivismo e Historia» (Primera parte de *La rebelión de las masas*, *ob. cit.*, p. 433).

CONTESTACIÓN
EXCMA. SRA. DRA. D.^a MARÍA RUIZ TRAPERO

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. Señoras y Señores Académicos
Señoras y Señores

En nombre de la Real Academia de Doctores de España y en el mío propio tengo la satisfacción de recibir al profesor Emilio de Diego en el seno de nuestra Corporación. Viene a ocupar la medalla n.º 52 de la Sección de Humanidades y desde hoy se integra en esta comunidad científica e investigadora.

Conozco al Dr. de Diego desde hace muchos años. Ha colaborado conmigo en una parte de las actividades del «Seminario Cisneros», de la Fundación Universitaria Española, y he seguido con interés sus pasos en nuestra Universidad Complutense. Por ello, tengo el convencimiento de que su aportación a esta Real Academia redundará en beneficio de nuestra Institución.

Emilio de Diego García nació en Fuente el Olmo de Iscar (Segovia) el 27 de noviembre de 1947, pero su familia se trasladó a los

pocos meses a Coca, en la misma provincia, donde viviría su infancia y adolescencia. Descendiente de varias generaciones de labradores trabajó desde niño en las tareas del campo. Nada hacía presagiar entonces que viviría un día como éste; aunque de aquellos años le quedaron grabadas algunas lecciones que no iba a olvidar, y que, sin duda, le han servido para llegar hasta aquí. Entre ellas, el valor de la palabra dada; el sentido del esfuerzo y la más profunda herencia de la mentalidad de los castellanos viejos, concretada en la expresión: «no hay nadie más que nadie»; sobre todo si se es capaz de demostrar el suficiente afán de superación y el sacrificio para ser lo que uno se propone.

Cursó estudios de Bachillerato gracias a dos circunstancias bien distintas, pero igualmente determinantes para su futuro: la voluntad de su padre, decidido a dar a sus hijos las oportunidades que él no tuvo, y la apertura en Coca, a mediados de la década de 1950, del Instituto Laboral «Francisco Franco». En aquellas aulas mostraría bien pronto su afición al aprendizaje de la historia, dentro de las asignaturas del plan de educación entonces vigente, hasta el punto de que algunos compañeros le motejaron ya como «el historiador». Terminado el bachillerato siguió estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Segovia, los cuales concluyó brillantemente y, tras ingresar por oposición en el Cuerpo de Magisterio Nacional, se dedicó a la enseñanza primaria durante algunos años.

Después, simultaneó sus obligaciones profesionales con los estudios y se licenció en Geografía e Historia, en la UCM, con Premio Extraordinario. Doctorándose en Historia Contemporánea en la misma Universidad, bajo la dirección del Profesor Dr. D. Vicente Palacio Atard, consiguiendo el Premio Nacional de Terminación de Estudios Universitarios. Posteriormente, y compaginando siempre

su labor como enseñante con el estudio, se doctoró en Derecho, en la misma UCM, bajo la dirección del Prof. Sánchez-Arcilla, logrando también el correspondiente Premio Extraordinario.

En 1983 se incorporaba a la docencia universitaria como Profesor Adjunto contratado en la Universidad de León, cuyo Departamento de Historia Contemporánea organizó y dirigió. Regresó a Madrid donde ganó plaza de Profesor Titular en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, en la que permanece en la actualidad. Ha sido Profesor también en la Escuela Diplomática, durante varios años; así como Profesor invitado y conferenciante en un buen número de Universidades extranjeras, entre ellas: la Católica de Buenos Aires, la de Tucumán, la Nacional de Cuyo (Mendoza), etc., la Florida International University de Miami, la Sorbona, la de Tours, la de Peruggia, la Eötvös Loránd de Budapest, el Centro de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos (CEILA) de la Universidad Económica de Bratislava, y otras muchas más. Entre las españolas figurarían por los mismos motivos la Universidad pública y la privada de Navarra, las de Málaga, Salamanca, Valladolid, Oviedo, UNED, CEU San Pablo, etc. Ha impartido conferencias y seminarios en otros muchos Centros, como la ya citada Escuela Diplomática, el Instituto de España, el Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE), el Instituto de Historia y Cultura Militar, el Instituto de Historia y Cultura Naval, la Escuela Superior de Guerra, el Instituto Cervantes en Viena, la Escuela de Estado Mayor, etc. En cualquiera de los foros en los cuales ha tenido la oportunidad de enseñar ha procurado siempre despertar la inquietud intelectual y mejorar la capacidad crítica de sus alumnos, mediante la reflexión desde el rigor académico y la tolerancia. Sólo así ha podido mantener, simultáneamente, su propio afán por aprender.

Esa trayectoria docente ha estado apoyada por una sólida labor investigadora, cuyo campo principal ha sido la historia española del siglo XIX, desarrollada a ambos lados del Atlántico. Su memoria de Licenciatura en Historia Contemporánea, que versó sobre *El gobierno del general Prim en Puerto Rico*, le permitió asomarse al mundo antillano del Ochocientos, un espacio al que dedicaría, igualmente, su Tesis Doctoral, cuyo tema fue *La Administración española en Puerto Rico en la primera mitad del siglo XIX*. Otros muchos trabajos, más o menos extensos, le han servido para abordar monográficamente algunos aspectos de la peripecia ochocentista de aquella España de Ultramar, sin cuya referencia no se comprende nuestra historia de los siglos XIX-XX. A este propósito podríamos citar los textos dedicados a «El ferrocarril La Habana-Güines», «Auge y ocaso de la esclavitud en las Antillas», «El azúcar y el mundo puertorriqueño en la primera mitad del siglo XIX», «Galicia y la Guerra en Cuba (1868-1878)», «Puerto Rico: el fracaso de un modelo esclavista atípico», «Las reformas de Maura ¿última oportunidad política en las Antillas?», «La crisis colonial y el sistema de la Restauración», «Cuba: del fracaso del reformismo a la lucha armada 1893-1895», «La política española en 1896», «Cánovas y Weyler un siglo después», «Memorias de la manigua. El “98” de los que fueron a la guerra», y muchos más.

Siempre sobre el Ultramar español del Ochocientos haríamos mención, igualmente, de un buen número de cursos y seminarios, nacionales e internacionales, en los que ha tomado parte como profesor o de cuya dirección se ha encargado, puesto que varios de ellos dieron pie a publicaciones que coordinó bien solo o en colaboración con otros colegas. Por ejemplo, *La guerra en Cuba y la España de la Restauración*; *Castilla y León ante el 98*; *Noventayocho y Noventayochismo en la Europa mediterránea* (estos últimos junto con el Profe-

sor Juan Velarde)... y una lista que resultaría demasiado extensa para ser expuesta en estos momentos.

Hasta en las incursiones que ha realizado en el terreno de la biografía sus personajes, *Weyler: de la leyenda a la historia* y *Prim: la forja de una espada*, cuentan con un capítulo, más o menos amplio, cuyo escenario se sitúa en tierras hispanoamericanas.

El ámbito principal de la tarea investigadora del Dr. D. Emilio de Diego dentro, como decíamos, de la historia de España, en el siglo XIX, se ha volcado aún más en su parte europea. Desde los umbrales de la Edad Contemporánea hasta la crisis finisecular del 98, ha estudiado y publicado sobre las *Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, atendiendo especialmente al tratamiento de este tema en la historiografía española, y a la más importante de las secuelas de la herencia revolucionaria para nuestro país, que acabaría siendo la invasión napoleónica, ha dedicado, recientemente, un notable libro: *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814, una historia de la Guerra de la Independencia*. A este texto habría que sumar una larga serie de artículos, ponencias y capítulos de otros libros. Entre aquéllos se contarían «De Fontainebleau al Dos de Mayo», «El Ejército francés camino de Madrid. Aprovisionamiento forzado y malestar popular como base de la primera batalla informativa», «La Guerra de la Independencia como aglutinante nacional y conflicto internacional», «Entre el viejo y el nuevo orden político», «La Guerra de la Independencia: la propaganda como motor de la resistencia», «España 1808: Napoleón, de héroe a villano», «Napoleón: mito e historia», «Las repercusiones europeas de la Guerra de la Independencia», «La España de 1808: entre el mito y la realidad», «Napoleón y España: análisis histórico», «La orgánica de las Cortes de 1810-1813», etc. Entre los libros compartidos, acerca de ese mismo período, estarían *La Guerra*

de la Independencia en España (1808-1814) coordinado por el Prof. A. Moliner, o *1808. España se alza. Historia de la Guerra de la Independencia* (junto con el Prof. J. Sánchez-Arcilla).

A etapas posteriores de aquel mismo Ochocientos corresponden obras como la *Antología de los Discursos Parlamentarios de Alejandro Mon* (precedida del más amplio estudio biográfico que se haya publicado hasta la fecha acerca del personaje clave para la reordenación hacendística de la España Contemporánea); o bien el «Panorama histórico-político del reinado de Isabel II». Lo mismo sucedería con *El Congreso de los Diputados en el reinado de Alfonso XII*, o con estudios de menor ambición, por ejemplo: «La contribución de la Iglesia a la enseñanza primaria», «Las sociedades de socorros mutuos en Madrid (1836-1900)», «El Madrid de hace un siglo (1892)», «La opinión española ante el conflicto franco-británico de 1898», «La España de la Restauración: de Sagunto a la mayoría de edad de Alfonso XIII (1875-1902)», etc.

También ha realizado alguna incursión en momentos o temas de especial relevancia en la historia española del siglo XX, con trabajos tales como los que versan acerca de la «Crisis política en la España de 1903», a propósito de la situación provocada en el seno del liberal-fusionismo a la muerte de Sagasta y el miedo en las filas conservadoras a la revolución desde arriba, planteada por Maura, así como la retirada de Silvela de la vida pública. Por otro lado, ha atendido a «Una percepción de la idea de Europa en la España de entreguerras 1919-1939» en una coyuntura en la que afloran tanto el paneuropeísmo como las tensiones nacionalistas. En «1934: consideraciones sobre un fracaso» pasaba revista a la Revolución de Octubre de aquel año; y «El catolicismo social de la CEDA»; o «La Spagna di Franco fronte alla Costituente italiana: ¿opinione pública u opinione del

podere?»... Sin olvidar una síntesis del Novecientos bajo el título «España de 1898 a 1998: un apunte de historia política», dentro de uno de los libros más importantes y sugerentes referidos al discurrir de nuestro país a lo largo del siglo XX, dirigido por el Prof. Dr. D. Juan Velarde y titulado *1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo. Cómo España pasó de la pobreza a la riqueza.*

Aunque no pretendo más que dar algunas pinceladas de la obra de Emilio de Diego, no puedo omitir la dedicada a uno de los últimos procesos traumáticos de la historia de Europa: el conflicto en los Balcanes y su deriva bélica. Un problema capaz de demostrar los límites del europeísmo y la pervivencia de los esquemas decimonónicos, junto al protagonismo de la política norteamericana en el Viejo Continente. A este respecto cabría señalar que fue autor del primer libro publicado en España sobre *La desintegración de Yugoslavia*, al cual siguieron otros dos dedicados a *Los Balcanes, polvorín de Europa* y *Los Balcanes ante el siglo XXI*. Paralelamente daría a la imprenta una serie de trabajos en torno al mismo asunto: «La Europa amenazada: el conflicto yugoslavo» (en el libro colectivo *Europa hoy*, publicado en Buenos Aires en 1994), «Antecedentes históricos del conflicto en los Balcanes», «Yugoslavia desde su creación a su extinción», entre otros.

Finalmente, el Dr. De Diego es autor o coautor de varios libros de síntesis sobre la *Historia del Mundo Contemporáneo* y la *Historia de España Contemporánea*, además de haber escrito algunos volúmenes de obras «enciclopédicas» dedicadas a la historia de nuestro país, como la publicada por el Instituto Gallach.

Valga lo que acabamos de exponer a manera de muestra de los más de veinte libros y cerca de doscientos artículos recogidos en re-

vistas universitarias, actas de congresos, seminarios, etc., que ha ido publicando a lo largo de su andadura docente e investigadora.

Ha dirigido diversos equipos y proyectos de investigación patrocinados por los Ministerios de Educación y Cultura, Defensa, Economía e Industria, así como por diferentes instituciones privadas. También numerosas memorias de Licenciatura y Tesis Doctorales; entre las últimas, la realizada por D.^a Montserrat Pastor Blázquez, que mereció ser premiada por esta Real Academia de Doctores.

Fue director de la revista *Historia Abierta* y es miembro del Consejo de Redacción de muchas otras.

Académico de la Academia Portuguesa da História y correspondiente de nuestra Real Academia de la Historia, ha recibido algunos premios y condecoraciones como reconocimiento a una labor que, a partir de ahora, pretende continuar, participando también, en la medida de sus fuerzas, en las tareas de esta Academia que hoy le acoge. Lo hará, como siempre, desde el convencimiento de que la Historia, lejos de ser una herramienta de confrontación, ha de constituir, en cada momento, un saber que ayude al entendimiento entre los hombres y los pueblos, facilitando un mejor conocimiento de sí mismos y de los demás. Concepto que reside en el discurso de ingreso que hoy nos ofrece sobre «Historia y Ética. El compromiso social del historiador».

Mucha agua ha pasado bajo el Puente Grande, sobre el Eresma, y el Puente Chico, sobre el Voltoya, los dos ríos que abrazan la vieja Cauca de sus años de infancia y adolescencia, pero en el hombre que hoy ingresa en esta Real Academia de Doctores de España sigue viva la confianza de que el trabajo es la forma más noble para la realiza-

ción del ser humano. Y que la dignidad no es objeto de mercado. Principios que el nuevo académico que hoy ingresa ha sabido mantener en su vocación por la Historia.

En nombre de la Real Academia de Doctores recibo con agrado al Dr. Emilio de Diego García por contar desde ahora con su valiosa colaboración y a la vez le recibo con un abrazo colegiado y le deseo una larga vida académica.

Muchas gracias.

He dicho.

